

PRÓLOGO

Cada uno de estos cuentos narra dos historias: una leyenda griega y un recuerdo.

Las leyendas o mitos griegos que inician cada cuento pertenecen a los libros *La Ilíada* y *La Odisea*, presumiblemente escritos o recopilados por un poeta ciego llamado Homero, hace 2 500 o 2 600 años, según distintos historiadores y eruditos.

Los recuerdos, en cambio, pertenecen a mi infancia: algunos me ocurrieron, otros los presencié y la mayor parte los inventé.

La Ilíada es el relato de la guerra entre griegos y troyanos. Paris, príncipe de Troya, seduce y secuestra a Helena. Menelao, rey de la ciudad griega de Esparta, esposo de Helena, marcha al rescate con un nutrido ejército y sus prodigiosos aliados: Ulises, Aquiles, Agamenón. La guerra dura nueve años y los dioses del Olimpo —Zeus, Afrodita, Palas Atenea, Poseidón, Eris y demás— participan favoreciendo, según les parezca, a uno u otro bando.

La Odisea cuenta las aventuras del más importante héroe griego sobreviviente de la guerra (Aquiles pereció en el campo de batalla), Ulises, y su dificultoso regreso a casa. Diez años le llevó a Ulises surcar el mar rumbo a su esposa y su hijo en Ítaca: enfrentando bestias y bellas, peligros de la naturaleza y monstruos sobrenaturales, protegido por diosas y atacado por dioses.

Cada una de estas peripecias inspiraba o evocaba en mí una historia que pudo haber vivido un chico de nuestro tiempo. O preguntas para las que nunca encontré respuestas: ¿qué es la valentía?, ¿por qué motivos vale la pena pelear?, ¿cuáles son los métodos válidos para conquistar a una mujer?, ¿debemos escapar de las tentaciones, como Ulises de las sirenas, o rendirnos a ellas, como sus marineros en la isla de los lotófagos?

Estas preguntas ocuparon mi cabeza durante muchas horas de colegio en la infancia, y aún continúan ocupándola.

Como nunca encontré respuestas, escribí cuentos.

Para mí, buena parte de la mejor literatura está hecha de los misterios que no sabemos resolver: ¿cómo empezó el universo?, ¿cómo apareció el hombre sobre la Tierra?, ¿qué hay después de la muerte?

Los mejores cuentos que he leído no fueron aquellos que intentaron darme una explicación sobre los grandes enigmas de la vida, sino aquellos que me recordaron que no hay tesoro más valioso que poseer un par de preguntas que nadie nos pueda responder.

Estoy muy lejos, en tiempo, en espacio y espiritualmente, de las terribles batallas que libraron griegos y troyanos por el simple favor de una mujer.

Sin embargo, siempre me he sentido medianamente cercano a Ulises a partir de que inició su regreso a casa, a Ítaca. Me gusta ver mi vida como un largo viaje: confuso, azaroso y agitado; atravesando rocas erráticas y encontrando prodigios por el camino.

Nunca he vivido siquiera el menor rasgo de una aventura como las de Ulises, ¿pero quién puede impedir que nos sintamos capitanes de nuestras propias vidas y que afrontemos nuestros modestos problemas como Ulises enfrentaba a los cíclopes y a las furias de los vientos?

LA ILÍADA



POR UNA MUJER

La Iliada es la historia de la gran guerra entre griegos y troyanos.

La diosa Afrodita, a cambio de una manzana de oro y de ser elegida como la diosa más bella, le ofrece al pastor troyano Paris (hijo no reconocido de reyes) la mujer más hermosa de la Tierra.

Pero Helena, la mujer más hermosa de la Tierra, estaba casada con el rey de Esparta (ciudad de Grecia), Menelao.

Ni a la diosa Afrodita, ni a Paris, ni al parecer a Helena, les interesó el estado civil de esta última, y Helena y Paris huyeron juntos a Troya.

Menelao, terriblemente enfurecido, marchó junto a sus mejores hombres y ejércitos en busca de la esposa perdida.

Como si con los hombres no bastara, también los dioses participaron de esta despiadada guerra que se inició cuando los griegos llegaron a Troya.

Sobre el final de esta historia, el lector descubre que a Helena le daba más o menos lo mismo estar con Paris o con Menelao, y entonces toda la contienda resulta medianamente absurda.



α

Cuando nos contaron esta historia en séptimo grado, recuerdo que todos en el aula nos miramos sorprendidos. Tomás, el más apuesto de nuestros compañeros, estaba comenzando un romance con Adriana, la novia de un patovica del séptimo B, del aula de enfrente, llamado Ignacio.*

Nos pareció que había entre las dos historias un parecido increíble.

Adriana era hermosa y todos estábamos locos por ella.

Ignacio era reconocido por su fuerza bruta.

Y Tomás interpretaba el rol del joven Paris, que pronto huiría con la reina. Pero con el pequeño problema de que las aulas quedaban a cinco pasos y no había hacia dónde huir.

Unos cuantos meses después, Tomás le pidió consejo al más sabio de nuestros compañeros, el gordo de anteojos Facundo. Facundo, como todos, estaba perdidamente enamorado de Adriana, pero aceptó con dignidad su rol de consejero.

* Chico fuerte. [N. del E.].

—Ignacio me desafiaba a pelear en la esquina por Adriana
—le dijo Tomás—. ¿Qué hago?

—Es una estupidez pelear por Adriana —le respondió Facundo—. Ella puede elegir con quién estar.

—Pero me parece que ella prefiere quedarse con el que gane la pelea —dijo Tomás.

—Entonces —le dijo Facundo—, tal vez no valga la pena pelear por ella.



EL TALÓN DE AQUILES

Aquiles fue el más elogiado entre los héroes griegos que pelearon en la guerra de Troya. Era hijo de Tetis y Peleo.

Su padre era un rey, jefe de grandes ejércitos. Su madre, Tetis, una diosa marina, intercedió ante el poderoso Zeus para que le permitiera hacer invulnerable a su hijo.

Aquiles fue alimentado con médula de leones y tigres. A poco de nacer, su madre lo había sumergido en la laguna Estigia, cuyas aguas volvían al cuerpo humano invencible.

Pero, tal vez con el excesivo cuidado de las madres, lo sostuvo por un talón mientras lo sumergía; y ese talón quedó seco. Por tanto, Aquiles era todo invulnerable salvo el talón de uno de sus dos pies, no recuerdo si el izquierdo o el derecho. En el resto del cuerpo, ni las flechas, ni el fuego, ni las piedras podían ocasionarle el menor daño.

Pero como los dioses participaban de esta guerra jugando con los humanos, cierta vez que Paris —el príncipe troyano que por raptar a la griega Helena originó esta

sangrienta lucha— disparó una flecha envenenada contra Aquiles, el dios Apolo dirigió la punta hacia el talón vulnerable de nuestro personaje. Así murió Aquiles.

